

Fantasías inconscientes como material y fuente de los síntomas

Ruy J. HENRÍQUEZ GARRIDO
(Universidad Complutense de Madrid)

En su “Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas” (1893)¹ Freud nos llama la atención sobre la singularidad que tienen las parálisis histéricas, respecto de las parálisis orgánicas, por tener como fundamento una anatomía imaginaria y no la anatomía real. El paciente histérico afectado de parálisis tiene una concepción imaginaria de lo que es el cuerpo, lo que le lleva a representárselo de una manera que tiene que ver más con el pensamiento vulgar o común que con las concepciones médicas de la anatomía. Esta concepción vulgar del cuerpo que tiene el histérico, se revela principalmente en las parálisis, pero también puede comprobarse en la formación de síntomas, en el recurso a lo que se puede denominar el contenido ideológico que, en la forma de fantasías, se encuentra detrás del síntoma manifiesto.

De los caracteres clínicos de las parálisis orgánicas, es posible deducir la construcción y estructura del cerebro y del sistema nervioso o, lo que es lo mismo, la anatomía cerebral verdadera determina qué tipo de parálisis orgánicas pueden producirse teniéndola como fundamento. Sólo hay una anatomía cerebral verdadera. Esto significa que es imposible que la anatomía real sirva para entender y tratar a las parálisis histéricas.

La producción de síntomas, como la producción de metáforas, tiene que ver más con el lenguaje que con la realidad o con lo vivido, es decir, sólo se explican si se

¹ Freud, S., “Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas”, en: *Obras Completas* Vol. I, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 13-21, 1996.

tienen en cuenta las leyes del lenguaje, las leyes de lo inconsciente reprimido: condensación y desplazamiento, metáfora y metonimia.

Cuando Aristóteles pretende explicar la metáfora como “la intuición de una analogía entre cosas disímiles”, funda su explicación, de acuerdo con Borges², en la realidad, en la comunidad de las cosas, no en el lenguaje. El poeta, por el contrario, sabe que lo importante no es el sentido de las palabras, pues éstas, encuentran su sentido en el proceso de la escritura; ni la relación que tienen las palabras con una supuesta realidad, pues la realidad es lo que se diga de ella. Para la poesía, como para el psicoanálisis, lo importante es lo que las palabras se dicen entre sí: el sentido que están por alcanzar, la realidad que están por producir. Por eso, aunque las palabras sean comunes, las combinaciones siempre serán novedosas. Tales combinaciones se producen palabra a palabra en la metonimia, y palabra por palabra en la metáfora.

En la metáfora “El hombre es un lobo para el hombre” no interesa que el lobo sea realmente un depredador, un animal gregario, que ataque o no en manada, que tenga hábitos nocturnos, etc. No importa lo que digan de él la enciclopedia, el diccionario o los manuales de biología animal. Lo que esta metáfora nos dice es aquello que históricamente está en el imaginario del hombre acerca de los lobos, sea verdadero o no. Lo que interviene en la producción de esta metáfora son las ideas comunes, los tópicos, los prejuicios, no los conceptos de zoología ni los estudios científicamente contrastados, ni su correspondencia con alguna supuesta realidad. No es con la realidad con la que se corresponde la metáfora, ni con un uso literal de los términos. Su eficacia, más bien, está en invocar los pensamientos comunes. Lo que Max Black denomina “sistema de tópicos” o “vulgaridades usuales”³.

El sueño, como el síntoma, no es una representación pictórica: una imagen que busca parecerse a algo y reproducirlo. Ni el sueño ni el síntoma, están hechos para comprenderse. Lo inconsciente que en ellos habla no busca comunicar, sino expresarse. Freud dice que “ante la interpretación de un elemento onírico es, en general, dudoso: a) Si debe ser tomado en sentido positivo o negativo (relación antinómica). b) Si debe ser interpretado históricamente (como reminiscencia). c) Simbólicamente. d) O si debemos utilizar, para nuestra interpretación, su sentido literal. A pesar de esta multiplicidad de sentidos, puede decirse que las representaciones de la elaboración onírica, *que no pretenden ser comprendidas*, no plantean al traductor mayores dificultades que los antiguos jeroglíficos a sus lectores”⁴. El sueño, para el psicoanálisis, no es una representación pictórica, sino que tiene el *sta-*

² Borges, J.L., “La metáfora”, en: *Historia Universal de la infamia*, Obras completas vol. I, Barcelona, Editorial Emecé, p. 382, 1989.

³ Black, M., “Metáforas”, en: Valdés Villanueva, L.M. (ed.), *La búsqueda del significado*, Madrid, Editorial Tecnos, p. 557, 2005.

⁴ Freud, S.: “La interpretación de los sueños”, en: *Obras Completas* Vol. I, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, p. 554, 1996.

tus de jeroglífico. Todo intento de interpretación pictográfica permanece en el carácter simbólico del sueño, esto es, en la incompreensión del sentido del sueño como la realización de un deseo, desestimando que el sueño tiene un sentido sólo después de ser interpretado, tal como propone Freud.

El inconsciente en su expresión, afirma Menassa⁵, nunca va a coincidir con aquello que es, en tanto que para su expresión, por su manera de haber sido constituido, necesitará una transformación. Por ello el método de interpretación no va dirigido a lo manifiesto del sueño, sino a lo latente. Es decir, aquello que tiene sentido no es el sueño manifiesto, sino las ideas latentes que se producen en análisis. Sin la distinción entre *manifiesto* y *latente* resulta imposible alejarse de la idea de representación pictórica y aproximarse a la idea del sueño como un jeroglífico.

El recurso de la metáfora a las creencias vulgares que compartimos, como en el ejemplo de la metáfora del lobo, es semejante al uso que hace el síntoma histérico del sistema de tópicos, creencias o nociones ideológicas, que sobre el cuerpo o sobre la sexualidad están presentes en las fantasías que lo sostienen. Es este sistema de tópicos el que le sirve al sujeto histérico de materia prima para la producción de sus síntomas.

En *La interpretación de los sueños*, Freud compara los síntomas histéricos con lo que en Viena se conoce como *Gschanas*. Un *gschanas* es “la confección de objetos de aspecto raro y valioso con materiales sin valor y de carácter cómico. Así, la de armaduras de guerra con cacerolas, estropajos, etc.”. De forma análoga, “los histéricos ejecutan algo parecido, yuxtaponiendo a aquello que han vivido realmente, fantasías extravagantes o terroríficas que construyen inconscientemente, utilizando los materiales más indiferentes y triviales de la realidad. Los síntomas dependen luego de estas fantasías y no del recuerdo de los sucesos reales, sean estos o no indiferentes”⁶.

Las ideas latentes son al sueño manifiesto, lo que las fantasías inconscientes al síntoma histérico. Los síntomas neuróticos no se hallan enlazados directamente a sucesos reales, sino a fantasías optativas. Como es sabido, para el neurótico es más importante la realidad psíquica que la realidad material. Por ello, toda neurosis supone siempre un apartamiento del sujeto de la vida real.

El neurótico se aparta de la realidad, o de un fragmento de la misma, porque le resulta intolerable. La mayoría de los humanos, en determinados momentos, y en mayor o menor medida, enmendamos algún aspecto intolerable del mundo mediante una creación desiderativa o incluyendo alguna ilusión o quimera en la realidad. El hombre feliz jamás fantasea, sólo lo hace el insatisfecho⁷. Las pulsiones insatis-

⁵ Menassa, M.O.: *Freud y Lacan –hablados I–*, Madrid, Editorial Grupo Cero, p. 113, 1984.

⁶ Freud, S.: “La interpretación de los sueños”, *Opus cit.*, p. 479, n. 261.

⁷ Freud, S.: “El poeta y los sueños diurnos”, en: *Obras Completas* Vol. II, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1996, pp. 1343-1348, 1996.

fechas son las fuerzas impulsoras de las fantasías. Por eso cada fantasía es una satisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria.

El fantasear es aquella actividad psíquica que, tras la instauración del principio de realidad, queda disociada y liberada de toda confrontación con la realidad, sometida exclusivamente al principio del placer. Dicha actividad es comparable a una gran reserva natural que un país mantiene en estado salvaje, sin que se exploten sus recursos. Comienza en los juegos infantiles, apoyándose en algunos aspectos de la realidad, y se prolonga en la edad adulta como sueños diurnos, sin dependencia ya en los objetos reales.

Se suele decir que al sujeto psíquico le cuesta renunciar a algo con lo cual alguna vez ha gozado. En realidad, el sujeto no puede renunciar a nada. Lo que hace es cambiar unas cosas por otras: parece una renuncia, pero realmente es una sustitución. Así, cuando el sujeto deja de jugar, no hace más que prescindir de todo apoyo en objetos reales, y en lugar de jugar, fantasea. Hace castillos en el aire; crea aquello que el lenguaje popular denomina ensueños o sueños diurnos.

Puede decirse con Freud que, al igual que el sueño, “una fantasía flota en tres tiempos: los tres factores temporales de nuestra actividad representativa. La labor anímica se enlaza a una impresión actual, a una ocasión del presente, susceptible de despertar uno de los grandes deseos del sujeto; aprehende regresivamente desde este punto el recuerdo de un suceso pretérito, casi siempre infantil, en el cual quedó satisfecho tal deseo, y crea entonces una situación referida al futuro y que presenta como satisfacción de dicho deseo el sueño diurno o fantasía, el cual lleva en sí las huellas de su procedencia de la ocasión y del recuerdo. Así, el pasado, el presente y el futuro aparecen como engarzados en el hilo del deseo, que pasa a través de ellos”⁸.

En la fantasía el deseo utiliza una ocasión del presente para proyectar, conforme al modelo del pasado, una imagen del porvenir. La multiplicación y la exacerbación de las fantasías crean las condiciones de la caída del sujeto en la neurosis o en la psicosis. Las fantasías serían, dicho de otro modo, los estadios psíquicos preliminares de los síntomas.

Pero, la formación de fantasías tiene lugar por un proceso de fusión y distorsión, análogo a la descomposición de un cuerpo químico combinado con otro⁹. En muchas ocasiones el ataque histérico tiene el carácter de una fantasía proyectada sobre la motilidad, en la que es mímicamente representada. No obstante, la representación mímica de la fantasía sufre, bajo la influencia de la censura, deformaciones análogas al sueño, ocultándose así tanto a la conciencia del sujeto como a la comprensión del observador.

⁸ *Ibid.*, p. 1345.

⁹ Freud, S.: “Manuscrito M, Notas II. Fantasías”, en: *Obras Completas* Vol. III, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, p. 3571, 1996.

La dificultad en la comprensión del ataque histérico estriba en que representa por condensación en un mismo material varias fantasías o bien desarrolla al mismo tiempo dos fantasías libidinosas de carácter sexual contrario (bisexualidad); por ejemplo, en uno de los casos observados, la sujeto intenta desnudarse con una mano (como hombre), mientras con la otra se sujeta los vestidos (como mujer)¹⁰. La inversión antagónica de las inervaciones, semejante a la transformación en lo contrario en el sueño, también es una fuente de grandes deformaciones.

El tiempo de la fantasía en la histeria es el tiempo de los procesos inconscientes y no respeta la cronología, lo que supone una gran distorsión para el observador, por cuanto la corrección cronológica depende siempre de la conciencia. Como sucede en muchos sueños, algunos ataques histéricos que representan una fantasía, comienzan por el final y concluyen por el principio.

Tales deformaciones dejan ver la intensidad de las resistencias que se oponen a lo reprimido en su emergencia durante el ataque histérico. El síntoma es por ello una transacción entre la satisfacción y la prohibición. El neurótico consigue alcanzar una transacción en él, pues al ser incapaz tanto de satisfacer sus deseos inconscientes como de renunciar a ellos, cumple de manera autoerótica su satisfacción. La acción continuada del autoerotismo permite que la satisfacción en objetos sexuales imaginarios, más fácil e inmediata, sea mantenida en sustitución de la satisfacción en objetos reales, más trabajosa y de más lento cumplimiento. De este modo constituye un ciclo típico de actividad de la sexualidad infantil: represión, fracaso de la represión y retorno de lo reprimido.

El neurótico no puede gozar, porque su libido no está ligada a ningún objeto real. Por lo tanto, si la libido del neurótico no está ligada a ningún objeto real el psicoanálisis tendrá que interpretar a qué fantasmas, a qué objetos fantásticos o imaginarios está ligada la libido del sujeto.

Como señala Freud, el carácter más singular de los procesos inconscientes, consiste en que la realidad mental es equivalente en ellos a la realidad exterior, y, conforme al principio del placer, el deseo en sí es equivalente al suceso que lo cumple. Es por esto que, a veces, resulta muy difícil distinguir las fantasías de los recuerdos conscientes. No obstante, habrá que cuidarse de aplicar a los productos psíquicos reprimidos la valoración de la realidad y no conceder eficacia alguna a las fantasías en la producción de síntomas, al no tratarse de realidades; como cuando se busca un origen distinto al sentimiento de culpabilidad, por no encontrar ningún delito real que lo justifique. Estamos obligados a servirnos de la moneda en curso en el país que lo justifique; en nuestro caso, la moneda neurótica¹¹.

¹⁰ Freud, S.: “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, en: *Obras Completas* Vol. II, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, p. 1353, 1996.

¹¹ Freud, S.: “Los dos principios del funcionamiento mental”, en: *Obras Completas* Vol. II, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, p. 1642, 1996.

Ahora bien, las fantasías están construidas con cosas oídas, frases familiares, dichos populares, lugares comunes, de manera que combinan lo vivenciado con lo oído, el pasado (de los padres y antecesores) con lo presenciado por el propio sujeto. Partiendo de las fantasías del neurótico se puede llegar a las creaciones fantásticas de las colectividades y de los pueblos, integradas en los mitos, en las fábulas y en las leyendas (simbolismo). El uso de tales disfraces es habitual para la representación de las ideas latentes.

Como ocurre en el sueño, el simbolismo utilizado en la neurosis no hace sino seguir los caminos que encuentra ya trazados en el pensamiento inconsciente, prefiriendo aquellas transformaciones del material reprimido, que pueden llegar también a hacerse conscientes como chistes o alusiones, y que abundan en todas las fantasías de los neuróticos. Las fantasías sobre el propio cuerpo del sujeto no son, en modo alguno, privativas ni siquiera características del sueño. Así por ejemplo el simbolismo arquitectónico del cuerpo y los genitales: la casa, las columnas, las puertas y ventanas, las cañerías; el círculo de representaciones de la vida vegetal y de la cocina; las metáforas procedentes de la tradición: la viña, la semilla, el jardín de la doncella, etc. Constituyen un proceso general del pensamiento inconsciente de los neuróticos y se derivan de la curiosidad sexual, cuyo objeto principal son los órganos genitales¹².

No se podrán interpretar los síntomas de la histeria si se olvida que el simbolismo sexual puede ocultarse, mejor que en ningún otro lado, detrás de lo cotidiano e insignificante. Al servirse de tales disfraces, la neurosis no hace más que seguir los caminos hollados por la humanidad entera en antiguos períodos de la civilización, caminos que, bajo una ligera capa de tierra acumulada por los siglos, continúan aún existiendo hoy día, como lo prueban los usos del lenguaje, las supersticiones y las costumbres.

Finalmente, aunque la deformación de las ideas latentes y su transformación en contenido manifiesto posee un gran interés (la lingüística, la filosofía del lenguaje y la antropología dan cuenta suficiente de ello), para el psicoanálisis se trata de una pequeña deformación comparada con la gran deformación que tiene que sufrir lo inconsciente para expresarse. Esta gran deformación es la que constituye la auténtica *retórica del deseo*¹³ y su estudio supone el paso de la múltiple determinación a la *sobredeterminación inconsciente*.

¹² Freud, S.: "La interpretación de los sueños", *Opus cit.*, p. 557.

¹³ Menassa, M.O.: *Freud y Lacan –hablados I–*, *Opus cit.*, p. 186.

Referencias bibliográficas

- BLACK, M. (1954), “Metáforas”. En: Valdés Villanueva, L.M. (ed.), *La búsqueda del significado*, Madrid, Editorial Tecnos, 2005.
- BORGES, J.L. (1936), “La metáfora”. En: *Historia Universal de la infamia*, Obras completas vol. I, pp. 382-384, Barcelona, Editorial Emecé, 1989.
- FREUD, S. (1893), “Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas”. En: *Obras Completas Vol. I*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 13-21, 1996.
- FREUD, S. (1897): “*Manuscrito M, Notas II. Fantasías*”. En: *Obras Completas Vol. III*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 3570-3573, 1996.
- FREUD, S. (1900): “La interpretación de los sueños”. En: *Obras Completas Vol. I*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 343-720, 1996.
- FREUD, S. (1907): “El poeta y los sueños diurnos”. En: *Obras Completas Vol. II*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 1343-1348, 1996.
- FREUD, S. (1908): “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”. En: *Obras Completas Vol. II*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 1349-1353, 1996.
- FREUD, S. (1910): “Los dos principios del funcionamiento mental”. En: *Obras Completas Vol. II*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 1638-1642, 1996.
- MENASSA, M.O. (1984): *Freud y Lacan –hablados I–*, Madrid, Editorial Grupo Cero.

Ruy J. Henríquez Garrido
Universidad Complutense de Madrid
ruyhenriquez@filos.ucm.es